

## Delicias domésticas de T. S. H.

EN estos tiempos de escasa vivienda, hay quien da pábulo a su fantasía visitando los pocos pisos desalquilados que, naturalmente, son los más altos, los más altos de precio. Pero cuanto más caros son, más los desprecia el inquilino incapaz de alquilarlos, el cual se muestra de una exigencia que no mostraría si los fuera realmente a habitar. Es que los va a habitar nada menos que con la fantasía.

—Tiene todo el confort moderno— dice vergonzosamente la portera para disimular el alquiler. Y alude, como si fuesen las vergüenzas, al gas, a la electricidad, a la calefacción central, al cuarto de baño con agua caliente, al teléfono.

El inquilino fantástico cuenta ya con una salida magnífica.

—¿Tiene instalación de telefonía sin hilos?

Pobres aquellos tiempos en que el gas en cada piso era todo el confort moderno. Ahora, ¿hasta qué punto la doméstica telefonía sin hilos es un confort? Desde luego, no es ruinoso. Por ciento y pico de francos puede ponerle uno a su casa una antena de aficionado. La antena se saca por la ventana o se enrolla bajo el techo. Día llegará en que lleve uno bajo las alas del sombrero la antena enrollada. Parecerá uno un dibujo de Bagaría. Y, además, eso sí que será una greguería, Gómez de la Serna, la greguería universal resonando sobre cada cabeza. La telefonía sin hilos, en efecto, es el rumor confuso de las ondas, si antes no se resuelve el problema moral de que todos nos impongamos una onda de la misma longitud. Puede ser la Babel telefónica, por la necesidad que tiene de torre y la facilidad de confusión. Una onda individual es una bomba en el mar de la telefonía sin hilos. Una onda nacional es una guerra. Ha habido y hay guerras de ondas con el objetivo mutuo de imponerse silencio. Las ondas francesas apagan, desde hace poco, el «Deutschland über alles», que cantan diariamente las ondas alemanas. Política internacional, política de campanario. ¿Por qué no pedir a la telefonía sin hilos, pues ha rehabilitado los campanarios de la ciudad, que rehabilite también, según he indicado antes, una prenda tan individual como el sombrero de alas anchas?

El otro día he sido invitado a casa de un amigo, a tener el gusto individual, doméstico, de la telefonía sin hilos. Estaba reposadamente, después de la comida, fumando la pipa bajo la antena, cuando la voz de un socio lejano del club 88A, club radiotelefónico

de esa señal, me propuso cortésmente jugar a la telefonía sin hilos, es decir: recoger sus experiencias de emisión. Acepté la partida y la perdí: fracasaron sus experiencias. Fueron interrumpidas por otra voz que se puso a decir el curso de los cambios, el boletín financiero, las oscilaciones de la Bolsa y la última situación de Europa. Me quedé meditando en la triste situación de los ricos. Una música de zarzuela vino a sacarme de tanta melancolía. Empezaba un concierto de jardín público; la música era de quiosco y no me atrevo a decir que de necesidad. En los descansos no había manera de descansar; llegaban consejos interesados: «Economizad el pan», «Pagad los impuestos», «Mañana es el último día para hacer las declaraciones...», «Las penalidades al que no lo hiciera...». Luego llegó, amenazadora, la voz de un conferenciante. No pude resistir más y le corté el resuello a la antena, corté la comunicación. La bocina del universo me pareció más temible que la voz de la conciencia. La telefonía sin hilos será el periódico hablado, la relación mucho más dependiente de uno con todo el mundo. Cada uno lee

lo que quiere del periódico escrito. En el periódico hablado habrá la publicidad inesperada, la propaganda de cualquier orden a la fuerza. Tendrá éste mayor fuerza de opinión. Será mucho mejor como periodismo. No se equivoca el público que, ante las carteleras de «Le Matin», en vez de leer los telegramas, escucha la voz de la instalación de telefonía sin hilos, puesta allí por el mismo periódico.

Uno de los hombres de más talento que he conocido, Ricardo Baroja, el grabador, hermano del novelista, dividía el progreso material en dos direcciones convergentes: la que tiende a acercar todo al hombre, como hacen el telescopio, el microscopio, el telégrafo, el teléfono, y la que tiende a acercar el hombre a todo, como hacen el ferrocarril, el automóvil, el aeroplano. Una tendencia lleva a lo dinámico, al cambio; la otra, a lo estático, al aislamiento. La telefonía sin hilos es, si puede decirse, un paso más hacia la quietud. Y se diría que el último paso lo va a dar el hombre bajo su cabeza ceñida con el rumor del universo.

CORPUS BARGA.

París y marzo.

(El Sol, Madrid).

## Las niñas de hoy



—¡Si sigues llorando no te doy chocolates!...  
—¡Qué chocolates ni qué chocolates!... ¡Yo te lo pintalme como tú!...

(Por GARCÍA CABRAL).

(Excelsior, México, D. F.)